Introducción:
Los clubes de fútbol como actores políticos que también escriben la historia

Ya desde el mismo nacimiento del fútbol de acuerdo con sus códigos modernos, en esa Inglaterra industrial de la segunda mitad del siglo XIX, los clubes que practicaban esta disciplina se convirtieron en algo más que simples entidades deportivas. El carácter colectivo de la práctica de este deporte ayudó a reforzar la identidad comunitaria de unos clubes que asumieron así la representación ya sea de una ciudad, de un barrio, de un centro educativo, de una parroquia o incluso de los simpatizantes de una determinada ideología política.

La extensión de la práctica y de la afición por el fútbol, que se ha convertido con el paso de los años en un auténtico fenómeno global, ha contribuido a consolidar la faceta representativa de unos clubes que han asumido, de forma frecuente, la condición de portavoces de una comunidad.

Una circunstancia que se conoce muy bien en la Península Ibérica, donde se ha escuchado, desde hace décadas, que el Barça, una de las principales entidades deportivas de este rincón de planeta, era «más que un club». Lo certifica su intensa historia, estrechamente vinculada a la crónica de Cataluña, que a menudo ha convertido al equipo barcelonés en un actor político de primer orden que ha expresado los anhelos de la comunidad catalana. Desde su reivindicación autonomista en los años de la Mancomunidad hasta su papel simbólico durante el franquismo pasando,

lógicamente, por los silbidos a la *Marcha Real* como mecanismo de protesta contra la dictadura de Primo de Rivera.

De hecho, hay análisis que, exagerando la relevancia del fútbol en la historia de nuestros días, han llegado a situar el inicio exacto de la transición española en la fecha del 17 de febrero de 1974, el día en que, con Franco agonizante, el Barça asaltó el Bernabéu y se impuso al Real Madrid por un histórico 0-5 que representó un cambio de tornas en el fútbol estatal que hubo quien quiso leer también en términos inequívocamente políticos.

A pesar de estas interpretaciones excesivas, es obvio el papel histórico y político que el Barça ha jugado en determinados momentos de la historia reciente de la Península Ibérica. Un papel que nos ha llevado a considerarlo como un club singular. Como también lo es, de otra forma, evidentemente, el Real Madrid, cuya historia es un fiel reflejo de la crónica española de la última centuria, como puede certificarse comprobando su existencia bajo la Segunda República, cuando el equipo dejó de ser Real, o analizando el papel que el club desarrolló durante el régimen franquista, cuando se convirtió en un elemento clave para la dictadura ayudando a romper su aislamiento internacional y proyectando de ella una imagen positiva al mundo.

Revisando el fútbol mundial, tanto el FC Barcelona como el Real Madrid son clubes menos singulares de lo que *a priori* parecen. Prácticamente todas las regiones del planeta donde existen conflictos de carácter territorial tienen su Barça o su Madrid.

Sin ir más lejos, en casi todas las naciones sin estado del mundo existen entidades que han asumido el rol de representar deportivamente a su comunidad. Lo hace el Athletic Club de Bilbao en el País Vasco, con una singular política de contratación que pretende reafirmar su identidad euskalduna; el Sporting Club de Bastia en Córcega, cuyos éxitos principales coincidieron con el auge del movimiento nacionalista; los Celtic, ya sean de Glasgow o de Belfast, representando a la comunidad republicana irlandesa; el Al-Wehdat, nacido en los campos de refugiados de Jordania, que se convirtió en la voz futbolística de Palestina; el Dinamo de

Zagreb o el Hajduk de Split en la Croacia integrada en la Yugoslavia federal; o el Ararat de Ereván en la Armenia soviética… Una lista larguísima que nos certifica que los clubes que han asumido, en lugares y en circunstancias históricas muy diferentes, el rol de representantes de las aspiraciones de las comunidades nacionales a las que pertenecen son una auténtica legión.

Pero estos actores políticos que son los clubes de fútbol no han limitado su representatividad al hecho de convertirse en bandera de las aspiraciones nacionalistas. En muchos casos, las entidades deportivas han pretendido reforzar otras identidades. Es el caso del FC Sochaux, el primer club profesional francés, que nació bajo el auspicio de la principal fábrica de la localidad, la empresa automovilística Peugeot, que pretendía así fomentar la identificación de sus obreros con la imagen de la empresa, cuyo equipo lucía el logotipo y los colores corporativos.

Al igual que ha habido clubes nacidos con el objetivo de desactivar las tensiones propias de la lucha de clases, hay otros que han hecho precisamente de su adscripción social un elemento clave de su identidad. Así pues, son también numerosos los clubes que, a lo largo de la historia, se han vinculado a la clase obrera. El Racing Club de Lens, en la región minera del norte de Francia, el Rayo del Madrid obrero y popular del barrio de Vallecas, el Sloboda de la Tuzla industrial de los años del titismo yugoslavo, el Torino que simbolizaba la aspiración obrera de vencer sobre el terreno de juego a un rival, la Juventus, estrechamente vinculado a los patronos de la FIAT, o, sin ir más lejos, el modesto Atlético Baleares, que nació en la Mallorca de principios del siglo XX como un club identificado con la clase trabajadora isleña.

El simbolismo de los clubes de fútbol es tan grande que una mirada a su historia nos permite repasar la mayoría de los acontecimientos que han marcado la época contemporánea. No hay dictador que se precie que no haya utilizado un club de fútbol como elemento propagandístico. Lo hizo Franco, como hemos apuntado previamente, con el Real Madrid campeón de Europa que permitía a su dictadura romper el aislamiento internacional;

más o menos lo mismo que hizo Salazar con el Benfica lisboeta que, con Eusébio en sus filas, se convirtió en el principal representante de la idea del Portugal imperial que defendía el sátrapa. Antes lo había hecho Benito Mussolini, que entendía que el deporte era precisamente un vehículo de difusión del ideal fascista, instrumentalizando, en su caso, los éxitos de la *squadra azzurra* como medio para justificar su idea de una Italia triunfadora. Exactamente igual que lo que harían más tarde otros dictadores, como Nicolae Ceaușescu en Rumanía, que situó a su hijo Valentin al frente de un Steaua de Bucarest que se convirtió en el primer club de la Europa del Este en levantar la preciada Copa de Europa, y que impulsó también un equipo de élite en su pequeña ciudad natal de Scornicești; o Augusto Pinochet en Chile, que manejó a su servicio no tan solo el Colo-Colo, el principal club del país, sino también varias entidades creadas bajo su mandato, fundamentalmente en asentamientos mineros contestatarios, que tenían como finalidad evitar la conflictividad social y aplicar la clásica receta de «pan y circo», tan vieja como la misma ciudad de Roma.

Estos intentos del poder de utilizar el fútbol poniéndolo a su servicio tuvieron siempre otra cara que nos demuestra cómo el deporte rey también ha servido, a lo largo de la historia, para cuestionar dictaduras y dictadores. Así pues, el Portugal del Estado Novo encontró en un campo de fútbol a uno de sus más sólidos movimientos de oposición cuando el Académica de Coimbra, un club creado por la asociación de estudiantes de la universidad de esta localidad situada en el centro del país, protagonizó la más sonora protesta contra la falta de libertades durante la disputa de la copa portuguesa de 1969. Es más, algunos de los clubes que se convirtieron en juguetes políticos a manos de tiranos tenían un pasado contestatario que, a pesar de los intentos de desmemoria, no ha podido ser borrado. El Colo-Colo ensalzado por Pinochet había tenido uno de sus principales instantes de gloria bajo el mandato de la Unidad Popular de Salvador Allende cuando, en 1973, el club se convirtió en subcampeón de la Copa Libertadores, una competición cuyo nombre, por cierto, evoca la liberación de las

naciones de América Latina del yugo colonial europeo. Ese mismo Colo-Colo que el dictador instrumentalizaba había posado orgulloso en el Palacio de la Moneda al lado de un sonriente Allende que veía en los integrantes del equipo unos excelentes embajadores del Chile de aquella época.

También el Real Madrid, identificado tradicionalmente con la dictadura y el nacionalismo conservador español, y que tiene en Santiago Bernabéu, un reconocido franquista, su personaje histórico más ilustre, tiene un pasado republicano que los actuales regentes de la entidad no parecen muy interesados en recuperar. Aquel Madrid de la Segunda República, que abandonó el título real que le había concedido Alfonso XIII, tuvo incluso un presidente fusilado: el coronel del ejército republicano y militante del Partido Comunista de España Antonio Ortega.

Como vemos, no hay, pues, hecho histórico contemporáneo que no se pueda explicar a través de un club de fútbol. La obsesión enfermiza del nazismo por perseguir a los judíos provocó la desaparición del Hakoah de Viena, uno de los muchos clubes que profesaban abiertamente esta confesión en la Europa del primer tercio del siglo XX. Los cruentos conflictos balcánicos de finales de la centuria tuvieron su preludio en un partido que opuso a dos equipos que representaban, de forma respectiva, a los nacionalismos croata y serbio que *a posteriori* se enfrentarían en una guerra abierta. Fue el encuentro que disputaron, el 13 de mayo de 1990, el Dinamo de Zagreb y el Estrella Roja de Belgrado, que se convirtió en una auténtica batalla campal que escenificaba el inicio de la progresiva desintegración de Yugoslavia. Un país étnicamente diverso que durante los años de reinado de Tito había soñado con una convivencia basada en la hermandad entre nacionalidades que un club como el Velež de Mostar representaba a la perfección hasta que la trágica guerra de Bosnia hizo añicos aquel sueño de unidad y fraternidad.

Incluso un partido de fútbol, si bien en esta ocasión no entre clubes sino entre selecciones, se sitúa en el origen del estallido bélico entre Honduras y El Salvador, que protagonizaron una guerra relámpago durante el verano de 1969, iniciada fruto de la tensión

que entre ambos países generó la disputa de una eliminatoria de clasificación para el Mundial de México de 1970. Una eliminatoria que tuvo que decidirse, después de que cada una de las selecciones ganara su partido como local, en un enfrentamiento en terreno neutral que exacerbó los ánimos entre ambos estados hasta el punto de hacer estallar poco después la que el periodista polaco Ryszard Kapuściński bautizó como «la guerra del fútbol». Un fútbol que también nos sirve para explicar el fenómeno del colonialismo, que impuso la práctica de este deporte a unos territorios colonizados que, paradójicamente, lo utilizaron como mecanismo para desafiar el poder ejercido por el colonizador.

La historia es muy rica en anécdotas asociadas a clubes coloniales, como, por ejemplo, al Atlético de Tetuán, el principal club del protectorado español en Marruecos, que se convirtió en el único equipo continental africano en disputar la máxima categoría de una liga europea; o al Racing Universitario de Argel, uno de los clubes coloniales de la Argelia francesa, que es el único equipo del mundo que puede presumir de haber contado con un futuro premio nobel defendiendo su portería.

A estos clubes al servicio de los colonizadores muy pronto se contrapusieron equipos surgidos de la población nativa que tenían un gran simbolismo de carácter nacionalista, como es el caso, entre muchos otros, del Esperanza de Túnez, que representaba la lucha anticolonial y el deseo liberador de la población musulmana tunecina. Vemos, pues, que son multitud los episodios históricos que pueden leerse e interpretarse a través de los clubes de fútbol. La división de Alemania fruto del resultado de la Segunda Guerra Mundial, la construcción y posterior caída del muro de Berlín o la importancia estratégica de esta ciudad durante la Guerra Fría serían buenos ejemplos que pueden añadirse a los anteriormente expuestos.

De hecho, parafraseando libremente a Albert Camus, ese portero del equipo universitario de la Argel colonial que aseguraba que todo lo que había aprendido sobre la moral, la vida y las obligaciones de los hombres se lo debía al fútbol, podemos afirmar

que la historia reciente de nuestro mundo, que al fin y al cabo también nos habla de la moral y de la vida de la humanidad, se puede aprender precisamente repasando el papel que el fútbol y sus clubes han desarrollado a lo largo del último siglo y medio.

Bienvenidos y bienvenidas, pues, a esta modesta lección de historia contemporánea a través de la crónica de más de una cincuentena de clubes políticamente singulares. Una pequeña vuelta al mundo que nos ayudará a conocer un poco más a estos actores políticos tan atípicos que a menudo han contribuido, mucho más de lo que a primera vista nos parece, a escribir la historia de nuestro tiempo.